Quiero un país normal

Hubert Lanssiers

Si bien la utopía podría, sencillamente, tener como función movilizar la imaginación para modificar un orden rutinario que lleva a la catalepsia, en la práctica tiende a convertirse en herramienta utilizada por los poderosos para legitimar su dominación y, así, el dinamismo original, confiscado por los "profetas", lleva a un totalitarismo instaurado con "buena intención" y, por lo tanto, invulnerable a toda crítica, considerada malévola por definición.

La ciudad utópica es una ciudad en la cual todo está previsto y ordenado. El espacio privado queda anulado al diluirse en la esfera pública y al ingenuo que se atreve a escuchar una música diferente de la oficial, la inquisición le perfora los tímpanos para enseñarle la sinfonía "correcta".

La experiencia del Pol Pot, en Camboya, participó, a la vez, del género ideológico y del proyecto utópico. El introducir la guerra civil en la nación para liquidar los antagonismos internos; el reemplazar a los hombres del momento por los representantes de una nueva clase, supuestamente incontaminada por el pecado original; el usar la violencia para hacer triunfar la revolución son las tácticas clásicas del marxismo-leninismo pero, durante el reinado de Pol Pot, el radicalismo revolucionario llegó más lejos.

La eliminación física de las élites anteriores; la ambición de regenerar las ciudades mediante el destierro de sus habitantes al campo; la voluntad de suprimir toda vida privada personal y de implantar la uniformidad más absoluta indican, sin lugar a dudas, un proyecto utópico.



"Una doctrina que enseña el sentido de los acontecimientos y los justifica, una praxis que anuncia un porvenir radiante... son atajos que llevan inevitablemente al triunfo de una política totalitaria."

El sistema totalitario es un Moloc que devora a sus propios hijos y nada puede escapar a su apetito. Una doctrina que enseña el sentido de los acontecimientos y los justifica; una praxis que anuncia un porvenir radiante; un pueblo reducido a una masa amorfa, arrebatado de su sustancia por un Estado que se proclama, en el mejor de los casos, protector y providencial, constituyen procedimientos santificados, atajos, que llevan inevitablemente al triunfo de una política totalitaria.

Existen, por cierto, utopías que parecen más amables; una cierta izquierda las secreta como el páncreas la insulina, pero, a fuerza de hurgar en el pasado y de explorar en el porvenir, los soñadores abandonan la construcción del presente a los rufianes y a los fríos tecnócratas.

Creo, eso sí, en la necesidad y en el poder de los grandes anhelos colectivos, más o menos articulados, que no confundiré con la utopía; esta palabra se parece a un disket infectado por todos los virus de la historia.

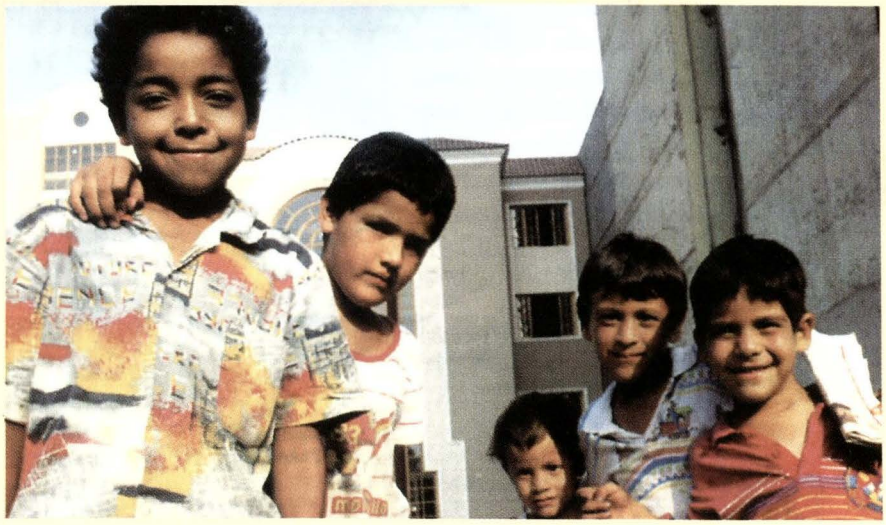


"Creo, eso sí, en la necesidad y el poder de grandes anhelos colectivos..."

Lo que, definitivamente, NO quiero, es un país que entregue ciegamente su voluntad, su suerte y su alma a la gerencia de un hombre providencial, quienquiera que éste sea.

En 1978, Julio Valencia terminaba de construir su casa y su familia seguía viviendo normalmente con su solo sueldo de profesor de matemáticas: eso parece un cuento de hadas. Actualmente los docentes han perdido cerca del 70% de su poder adquisitivo con respecto a lo que cobraban a mediados de los 90, y Dios sabe que no era mucho. Lo que digo de los profesores se puede aplicar a la gran mayoría de los servidores públicos y a los demás.

Quiero un país donde obreros y empleados puedan vivir una vida equilibrada con el salario que perciban, donde puedan ahorrar y construir para sus hijos un porvenir que colme sus aspiraciones razonables; un país donde las estructuras, eficientes y compasivas, reconozcan al individuo, lo protejan y lo promuevan; un país donde cada ciudadano se dé cuenta de que la solidaridad expresada concretamente en el quehacer de la vida cotidiana facilita la vida de los otros y la suya propia; donde el burócrata, el gasfitero, el albañil, el policía y el juez comprendan que su honradez y su conciencia profesional son la garantía de una sociedad civilizada. Quisiera un país donde pueda vivir sin temor a ser engañado; donde no me crezcan, por mutación genética, una multitud de antenas para detectar los peligros que me rodean; un país donde la ley y aquellos que la aplican estén al servicio de los débiles; donde no necesite "padrinos" para obtener justicia, ni plata para comprarla. Y de débiles tenemos una colección, señor presidente, señor ministro de Economía y señores congresistas.



"Se necesitó una preparación milenaria para que florezca, en un mundo oscuro, la sonrisa frágil de un niño."



"No quiero que los brujos de la publicidad los transformen en gremlins voraces que se atiborran de trivialidades."

Como no es indispensable ser Emile Zola para escribir: "Yo acuso, me otorgaré el privilegio de hacerlo".

¿Quién no ha visto, con un sentimiento de malestar o de rabia, a la pornografía invadir nuestras calles y nuestras pantallas? No, no estoy hablando, tranquilícense, de Madonna o de madonitas sino de aquellos a quienes Xavier Barrón, no hace tanto, llamaba "los viejitos", con una sonrisa medio condescendiente.

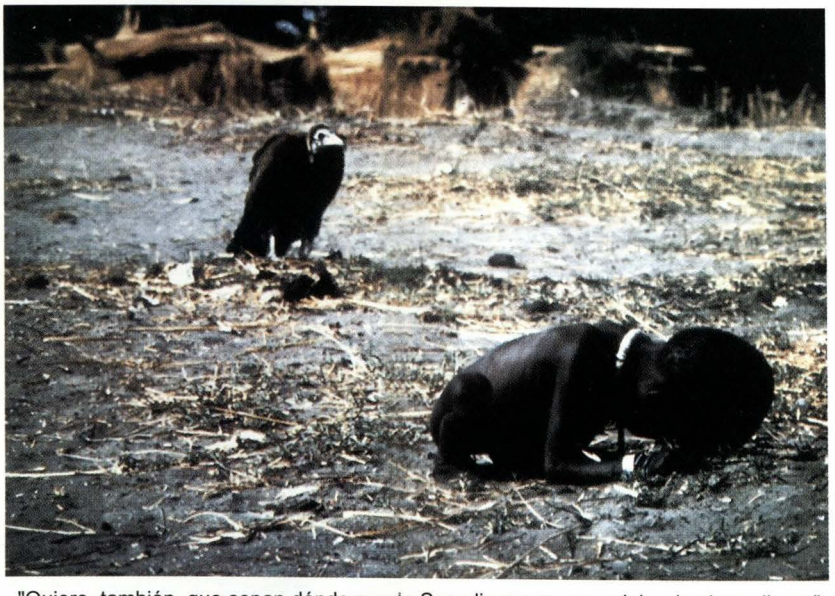
¿Se han fijado en las colas que avanzan al paso incierto de la artritis hacia los consultorios de EsSalud o las ventanillas de los bancos, que son de ellos ya que se llaman "de la Nación"? Esos rostros curtidos que llevan la marca feroz de décadas de trabajo; esas manos sarmentosas que tiemblan al firmar el recibo de la limosna que les "enchufa" una cajera impaciente; esos ojos acuosos que buscan un microbús menos agresivo que los otros; esas camisas amarillentas; esos sacos y vestidos de otra época, empapados por una siniestra garúa, ¿los han visto?

Las colas están resguardadas por la Policía, armas en ristre, a veces, ¿para proteger a estos abuelos de la codicia de los ladrones? ¡Qué va! Los nuestros tienen nociones de economía política y saben si vale la pena arriesgar el pellejo.

Y cuando una sorda cólera bombea adrenalina en las venas obstruidas, cuando las voces roncas buscan, desesperadamente, la ayuda de sus energías perdidas para gritar su pena en las calles, se les dispara granadas lacrimógenas como si necesitasen de ese aliciente para llorar.

¿Es así como la Nación recompensa a sus servidores?

En mis sueños, veo bajar estas sombrías cohortes de fantasmas que construyeron el país que nosotros dejamos caer de la mano de Dios. Baja muda, terrible, esta guardia de hierro que tendió los rieles del ferrocarril más alto del planeta, que entornilló carreteras en la roca de la puna o en el lodo de la selva; los caballeros con casco que edificaron las represas de Bonner y sacaron a la superficie de la tierra el cobre y la plata; veo bajar a los héroes sin rostro que nunca fueron honrados por el "toque de silencio" de una corneta solitaria.



"Quiero, también, que sepan dónde queda Somalia y que esa palabra los haga llorar."



HUBERT LANSSIERS *(Bélgica, 1929)*
Partió terminada la guerra y ha recalado en Japón –donde se ordenó sacerdote–, Vietnam, Camboya, La Parada, Lurigancho, El Frontón, Castro Castro, Chorrillos... Pasión y compasión, lucidez, compromiso, solidaridad, ternura, perseverancia, ilusión, sensibilidad, ironía, son su motor. Radicado desde hace treinta años en nuestra patria y navegando en las fronteras donde se confunde lo posible con lo imposible, sueña con que el Perú sea un país normal y dedica su vida a la terca defensa de la dignidad del individuo, a rescatar al hombre que siempre existe detrás de sus actos e ideologías.



"Deseo también que mi país sea el hijo hermoso de mi esfuerzo, de mi inteligencia y de mi amor."

Me acuerdo de los desolados versos de René Char: "como un anciano cansado, los ojos clavados en la acera, que sorbe su cerveza tibia en medio de la muchedumbre". Optimista, René Char, los nuestros ni siquiera se pueden otorgar ese pobre lujo.

El país que yo quiero es un país donde los ancianos puedan tomar una cerveza en compañía de sus amigos, donde ser viejo no sea delito punible por un vago desprecio, donde la frase de González Prada: "los jóvenes a la obra, los viejos a la tumba" no sea celebrada periódicamente por una tanda de imbéciles.

Quiero un país donde un jubilado no dependa del buen humor de su yerno para conseguir un cigarrillo, donde las instituciones públicas y privadas le manifiesten respeto y donde no sea necesario recurrir al diccionario para aprender el significado de la palabra "dignidad".

Quiero que la ancianidad no empiece a los cinco años en la mirada apagada de los chicos; se necesitó una preparación milenaria para que florezca, en un mundo oscuro, la sonrisa frágil de un niño. Quiero que sean capaces de asombrarse y de revolcarse en las maravillas del universo, en las flores y las estrellas, quiero que sean poetas. Quiero que no se asesine en ellos al pequeño Einstein que cuenta con sus dedos, o al futuro Mozart que mueve la cabeza al compás de una música misteriosa. No quiero que sean educados por pelmazos que los conviertan en pillos; no quiero que los brujos de la publicidad los transformen en gremlins voraces que se atiborran de trivialidades; quiero que puedan soñar con otra cosa que un plato de quaker; quiero, también, que sepan dónde queda Somalia y que esta palabra los haga llorar.

Quiero un país donde la justicia sea personalizada y se transmute en equidad; donde el verdugo no sea considerado como el único garante de la civilización, donde la esperanza nos venga, de vez en cuando, con algo de mermelada. Quiero, en resumidas cuentas, un país normal.

Deseo también que mi país sea el hijo hermoso de mi esfuerzo, de mi inteligencia y de mi amor. Creo que Dios es peruano y que me habla. Creo que, en ciertas ocasiones, abre su tienda en algún barrio y cuando me acerco, bien fresco, a pedir la paz y la armonía, Él me contesta, sonriente: "Te equivocaste hijo, aquí no vendemos frutas, sólo distribuimos semillas". ⚓